

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

# **Cohesión, fragmentación y contracción comunal. Los pueblos guaraníes frente al conflicto.**

Quarleri, Lía.

Cita:

Quarleri, Lía (2009). *Cohesión, fragmentación y contracción comunal. Los pueblos guaraníes frente al conflicto. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/658>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **Cohesión, fragmentación y contracción comunal. Los pueblos guaraníes frente al conflicto.**

Lía Quarleri  
CONICET-IDAES-UBA,

### **Introducción**

Las misiones desde su origen en el siglo XVII fueron complejizándose en diferentes aspectos y transformándose a la luz de ciertos procesos internos y externos que fueron imponiéndose o fluyendo a lo largo de su existencia histórica. En la mayoría de los casos la historiografía ha presentado “retratos misionales” producto de la observación de situaciones determinadas, de documentación específica o del análisis de un aspecto particular a lo largo del tiempo. Dada la disparidad de la documentación de carácter administrativo, demográfico o político en gran medida la “historia de las reducciones” se ha contado a partir de la propia imagen creada en las crónicas jesuíticas. No obstante, en sintonía con otras investigaciones recientes y no tan recientes interesa indagar en la diversidad y movilidad reduccional<sup>1</sup>, a partir de la consideración tanto del conflicto como instancia de recuperación de la complejidad histórica y de la dinámica social<sup>2</sup> como del nivel de las representaciones en tanto medio de interpretación, motivación y proyección de la acción y de canalización de las significaciones atribuidas a la misma<sup>3</sup>. Desde una mirada múltiple y diacrónica del pasado reduccional se busca

---

<sup>1</sup> Al respecto, se cuenta con los trabajos de referencia de Jean Tiago Baptista. Diversidade reduccional. A presença de culturas não-Guarani e espaços reduccionais. Anais do VI Congresso Internacional de Estudos Ibero-Americanos. Porto Alegre, PUCRS, 2006 (Cd-Room); Maria Cristina dos Santos y Jean Tiago Baptista. Reduções jesuíticas e povoados de índios: controvérsias sobre a população indígena (séc. XVII-XVIII). *Historia UNISINOS* 11 (2): 240-251, 2007 y Guillermo Wilde. Estrategias indígenas y límites étnicos. Las reducciones jesuíticas del Paraguay como espacios socioculturales permeables. *Anuario IEHS* 22: 213-240, 2007.

<sup>2</sup> Véanse por ejemplo, Mercedes Avellaneda. Poder y conflictos religiosos por el control de las reducciones en el Paraguay colonial. *Memoria Americana Cuadernos de Etnohistoria* 6: 145-170, 1997 y La alianza defensiva jesuítico-guaraní y los conflictos suscitados en la primera parte de la Revolución de los Comuneros. *Historia Paraguaya* XLIV: 337-404, 2004; Elisa Garcia Frühauf. De inimigos a aliados: como parte dos missioneiros repensou o seu passado de conflitos como os portugueses no contexto das tentativas de demarcação do Tratado de Madri. *Anais de História de Além-Mar* VIII: 123-137, 2007, Magnus Mörner. Os jesuítas espanhóis, as suas missões guaranis rivalidade luso-espanhola pela banda oriental (1715-1737). *Revista Portuguesa de Historia* 9: 141-175, 1961; Eduardo Neumann. Fronteira e identidade: confrontos luso-guarani na Banda Oriental, 1680-1757. *Revista Complutense de Historia de América* 26: 73-92, 2000 y, para otros espacios, Cynthia Radding. Comunidades en conflicto. Espacios políticos en las fronteras misionales del noroeste de México y el oriente de Bolivia. *Desacatos* 10: 48-76, 2002.

<sup>3</sup> Resulta ilustrativo de esta perspectiva el trabajo de Ceres Karan Brum, el cual muestra los procesos de construcción de representaciones, leyendas y mitos en torno a las misiones jesuíticas de guaraníes. Ceres

indagar tanto en el proceso de construcción del complejo misionero jesuítico-guaraní como comunidad interrelacionada y sentida por sus miembros, a partir de la relación entre las prácticas, las representaciones y los factores situacionales, como en las instancias de fragmentación de la experiencia misional. En particular, interesa dar cuenta de la relación entre conflicto social, guerra colonial y “comunalización misionera”, por un lado, y en el de adaptación estratégica y escisión del universo relacional y representativo, por el otro.

Para ello se tendrán en cuenta tres instancias. La primera se centrará en el análisis del contexto de formación de reducciones jesuíticas a partir de la congregación de parcialidades guaraníes y en los antecedentes políticos y bélicos de las mismas bajo la modalidad de aldeamiento prehispánico para mostrar la relación entre autonomía, cohesión, alianza y rivalidad étnica. En la segunda, se detendrá en la indagación de la relación entre conflicto político y bélico y cohesión comunal misionera. Se pondrá especial atención en los mecanismos de construcción social del otro, en especial de los enemigos situacionales de las reducciones, a través de un proceso interno y externo de atribución de características y potencialidades en donde cobraban relevancia tanto la instauración de sentidos en respuesta a intereses y circunstancias como la fuerza del imaginario en tanto impulso y marco para la acción. Así también se considerará el conjunto de elementos de carácter organizativo, desplegado por parte de los jesuitas, que fomentaron relaciones y sentimientos de carácter integrador entre los diferentes pueblos de misiones y en la política de creación de diferenciaciones internas como medio de gobernabilidad y reconocimiento de la tendencia a la autonomía de las parcialidades y familias guaraníes. Por último, a partir de un episodio conflictivo clave en la historia de las misiones guaraníes, como fue la “guerra guaraníca” se dará cuenta de la ruptura de un momento de re-etnificación misionera, alimentado en torno la resistencia guaraní, para dar paso al de fragmentación del nivel de las relaciones y de las representaciones. Aquí se mostrará como esta instancia de escisión y diferenciación será reflejo de una respuesta adaptativa a las nuevas circunstancias políticas, devenidas con la derrota en la guerra de los pueblos guaraníes confederados, que se expresará además en la redefinición del pasado inmediato como mecanismo de re-integración comunal bajo una coyuntura adversa y vulnerable.

---

Karan Brum “*Esta terra tem dono*”. *Representações do Passado missioneiro no Rio Grande do Sul*. Santa María, Editora UFSM, 2005.

## 1- De la aldea guaraní a la “comunalización” misionera

Las diferentes parcialidades guaraníes que habitaban la cuenca del Plata a lo largo de los ríos Paraguay, Paraná e Uruguay, antes de la llegada de los europeos, habían forjado un desigual control sobre el territorio y sus recursos en base a una lógica que combinaba alternativamente desplazamientos, enfrentamientos mutuos y alianzas intergrupales. La identidad grupal o comunal, según el caso, conformaba un fenómeno dinámico y hasta lábil en un contexto de intensa movilidad, lucha e intercambio de mujeres, no obstante central en instancias de fortalecimiento de ciertas unidades políticas frente a otras y en el proceso de diferenciación socio-cultural dentro de un panorama poblacional heterogéneo. El proceso de fortalecimiento y diferenciación había determinado ciertas configuraciones étnicas, flexibles y cambiantes por definición, que llegaron a ser reconocidas por los españoles en sus primeros pasos por la región. Ciertos rasgos dialectales, organización política y una vida aldeana marcada implicó un nivel de identificación mayor sobre todo en contraste con antiguos pobladores nómades y seminómadas que arrinconados por los primeros mantenían pautas de subsistencia estacionales, basadas en gran medida en la caza y la recolección, y una relación de enfrentamiento periódico<sup>4</sup>. La existencia de estos grupos nómades en la otra banda de los ríos representaba claramente la de un otro, un enemigo peligroso, del que debían defenderse, lo que promovía alianzas y sentidos de pertenencia mayores entre aquellos que llevaban una vida aldeana común y vulnerable<sup>5</sup>.

El asentamiento de la población en aldeas con un relativo grado de permanencia a lo largo del tiempo y una subsistencia en base a una agricultura u horticultura, según el caso determinó a su vez el despliegue de mecanismos de defensa y expansión que recreaban la condición de enemigo para ciertos grupos y la adopción de nuevos de forma permanente. Así, si bien los guerreros nómades guaycurúes y payaguas que llevaban una vida más errante se constituyeron en los principales adversarios de las comunidades aldeanas como expresión de un conglomerado cultural distintivo tendientes a la concentración de recursos y a cierto poder por parte de sus líderes políticos y religiosos, no fueron el único enemigo potencial. Por el contrario los ideales

---

<sup>4</sup> Esto no implicaba la ausencia de alianzas temporales o incluso la adopción de prácticas mutuas y la incorporación a unidades sociopolíticas por diferentes medios.

<sup>5</sup> En palabras de Thierry Saignes, el estado de guerra alentaba, en el plano interno, la unidad grupal y su autonomía frente a las demás comunidades del mismo conjunto étnico. Thierry Saignes. *Ava Karay. Ensayos sobre la frontera chiriguano (siglos XVI-XX)*. La Paz, Hisbol, 1990.

de autonomía, autosuficiencia y bienestar grupal de las parcialidades guaraníes marcaron un tono de alianza y enfrentamiento permanente al interior del mismo conjunto étnico. El estado de guerra derivado era consecuencia de la puesta en práctica de esos ideales y al mismo tiempo llevaba a la flexibilidad de los mismos al instar a solidaridades más amplias ante diversas proyecciones de expansión o estabilidad<sup>6</sup>. Este equilibrio complejo se puso en juego frente a la presencia europea y tomó nuevos significados dentro de un panorama marcado por un proceso de colonización disímil y dispar en donde la guerra, la violencia institucionalizada y las alianzas interétnica cobraron terreno.

Las poblaciones localizadas por los españoles durante sus derroteros exploratorios por los ríos Paraná y Paraguay quedaron expuestas a la difícil decisión de resignar cierto grado de autonomía política y económica para no perderlo todo. Acostumbradas a un clima de guerra, intentaron imponerse frente a los conquistadores europeos pero, ante la disparidad bélica y su particular relación con el territorio y sus recursos, se sumergieron en un pacto de intereses mutuos que partía tanto de una situación de vulnerabilidad como de la capacidad de negociación de sus jefes. Entre los guaraníes fueron los carios quienes, por las circunstancias y los tiempos, se vieron atrapados por la avasallante ambición de los comandantes españoles, que encontraron en sus aldeas el espacio ideal para saciar las necesidades de sus hombres: víveres, guerreros, mujeres, resguardo e información para continuar con las expediciones a cambio de la promesa de protección frente a sus temibles enemigos. En consecuencia, los carios rodeados históricamente por los nómades payaguas y guaycurúes que asolaban e intimidaban de forma permanente su vida aldeana, a través de la vía compartida del río Paraguay, quedaron inmovilizados en las redes impuestas por los nuevos pobladores.

Dentro de este nuevo contexto, los aldeanos guaraníes se vieron envueltos en nuevas lógicas de dominio que les significó una puesta en juego de su capacidad de reacción estratégica, cuestión que fortaleció el poder de ciertas parcialidades y debilitó la supervivencia de otras. Comenzó una etapa compleja en la cual algunos de ellos, en

---

<sup>6</sup> Es también Thierry Saignes quien, a partir del caso chiriguano, dio cuenta de cómo el ideal comunitario de autosuficiencia se implementaba por medio de la fuerza y la violencia y llevaba al grupo local a entablar alianzas a fin de conseguir ayuda militar. No obstante, también expuso el equilibrio frágil entre los deberes de la concertación y los deseos de libre iniciativa. En este sentido, la guerra entre bloques regionales imponía la solidaridad entre los grupos de aliados pero si se prolongaba por los poderes excepcionales que confería a los mismos se suscitaban tensiones internas que podían provocar divisiones Thierry Saignes. “*Ava Karay*”, op. cit.

coalición con los recientes conquistadores o con sectores de la Iglesia, tuvieron un rol destacado dentro de las nuevas configuraciones políticas. En consecuencia, ciertos grupos quedaron inmersos dentro de relaciones que socavaron la autonomía y supervivencia de sus comunidades mientras que otros encontraron una vía para conservar la posesión de territorios e incrementar la autoridad de sus líderes. En particular, aquellos que participaron del proyecto misionero encabezado por los jesuitas y aceptaron el pacto de sujeción a la Corona española alcanzaron un lugar de protección y medios de expansión, reviviendo históricas hazañas migratorias y resignificando sus ancestrales habilidades bélicas.

Es sabido como la situación fronteriza con las colonias luso-brasileras y en particular la acción de los bandeirantes y los contrabandistas en las regiones del Plata estimularon el proyecto de consolidar un cordón de misiones bajo las órdenes de los jesuitas en los límites con el Imperio portugués marcado, aún, por entonces en el imaginario de las autoridades porteñas por el Tratado de Tordesillas. Con las nuevas fundaciones se proyectaba una sólida expansión colonizadora sin la acción militar directa, lo cual implicaba otra tónica y otros costos, el aumento de la cantidad de súbditos cristianos, lo que entusiasmaba tanto a la Corona como al Papado, y frenar los infatigables objetivos expansionistas de los portugueses.

Los jesuitas llegaron a la antigua provincia del Guayrá varios años después de la fundación de un puñado de ciudades en la región y de la concesión de encomiendas a los pobladores españoles entre las parcialidades guaraníes de la jurisdicción. Aunque muchas de ellas fueron encomendadas de noticias y no se efectivizaron, la eventualidad de caer bajo la esfera de esta institución influyó para que muchos caciques aceptaran congregarse bajo la tutela de los jesuitas en clara oposición a la misma. La promesa de exención de mita y tributo por diez años si aceptaban de forma voluntaria la religión cristiana y el vasallaje al Rey dio forma definitiva al modelo. Contribuyó a su vez, la posibilidad de contar con nuevos recursos en un contexto de presión y explotación marcado por lógicas mercantilistas y bélicas, plasmadas en las campañas de captura de manos de obra esclava para su venta entre Asunción y San Vicente del Brasil, así como la idea de sumar medios de defensa ante enfrentamientos intertribales de renovadas características. La intención de posicionarse mejor o ganar prestigio por parte de ciertos caciques dentro de esta coyuntura no fue un factor menor.

Sin embargo, en términos generales primó el interés por revertir una situación de vulnerabilidad determinada por enemigos más poderosos, diversos y temibles. El

proyecto misional tuvo efecto en la medida en que ciertos caciques privilegiaron la negociación como medio de acción política para alcanzar cierto grado de autonomía y bienestar en relación con su tierra y su gente. Contribuyeron en la erección de los pueblos las pautas semi-sedentarias de los guaraníes, su tradición agrícola, la vida aldeana y la existencia de líderes políticos identificables. No obstante, en la conformación del complejo jesuítico-guaraní, como comunidad étnica interrelacionada y sentida por sus miembros, fueron fundamentales la permanencia de una situación de conflicto con el exterior, representada por enemigos móviles e imprevisibles. El modelo misional tomó forma a partir de la elevación de las misiones a la categoría de milicias del Rey, en 1649, y se consolidó a través de la canalización y resignificación de pautas culturales asociadas a la guerra en función del despliegue de una guerra colonial santificada y ritualizada desde el medio misional.

Para conciliar los fines religiosos con los medios militares, los jesuitas instituyeron salidas heroicas y sagradas para las acciones bélicas en las fronteras de la cristiandad. El ejército de las reducciones fue sacralizado, en aquel espacio, y elevado al status de milicia espiritual, retroalimentando antiguos valores, para finalmente premiar la destreza, el ímpetu guerrero y el liderazgo en el campo de batalla con cargos y honores. También fue notable la relación introducida por los jesuitas y sistematizada en particular por el padre Ruiz de Montoya en su obra *La conquista espiritual*, entre la naturaleza guerrera de los siete arcángeles, príncipes de la milicia celeste, y la labor de la Compañía de Jesús en tierra de “infieles”.<sup>7</sup> Cobró, entonces, enorme difusión en el ámbito de los pueblos la advocación a uno de ellos, San Miguel, jefe del ejército celestial en la lucha contra el demonio, tomado por el catolicismo como patrono y protector de su Iglesia. La adopción generalizada de la imagen del arcángel entre los guaraníes reforzó la analogía entre las dotes de aquel príncipe celestial y sus propias valoraciones guerreras, así como fomentó la idea de la apropiación del poder sobrenatural de los arcángeles cristianos, a través de la imaginaria desplegada por los jesuitas<sup>8</sup>.

El tono festivo, litúrgico y ritual que acompañó la militarización de las misiones a través de celebraciones que dramatizaban luchas y victorias sagradas en nombre de la

---

<sup>7</sup> Véase Antonio Ruiz de Montoya. *La conquista espiritual del Paraguay. Hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*. Rosario, Equipo Difusor de Estudios de Historia Iberoamericana, 1989.

<sup>8</sup> Para una mayor extensión sobre el tema véase el trabajo de Mercedes Avellaneda. El Arcángel San Miguel y sus representaciones en las reducciones jesuíticas del Paraguay. *Suplemento Antropológico* XXXVIII (2): 131-175, 2003.

cristiandad penetró paulatinamente en los más profundos sentidos de los guaraníes reducidos, y alimentó un imaginario en donde la participación en la guerra y la muerte en batalla contaban con el auxilio y la santificación de carácter divino. Asimismo, tras la participación en las campañas oficiales, se fueron adoptando códigos de homenaje y gratitud concedidos desde antiguo por las coronas europeas a sus fieles vasallos tras servicios bélicos exitosos prestados en su nombre. Al respecto, ciertos caciques buscaron destacarse en los enfrentamientos para acceder a los privilegios otorgados y reforzar su prestigio y autoridad dentro de su comunidad. Por su parte, la campañas de auxilio a los gobernadores se tornaron instancias para salir de las misiones y concretar prácticas heterodoxas que escapaban al orden impuesto por los curas. Así, en las guerras ofensivas comandadas por las autoridades locales, los guaraníes revivieron momentos de éxtasis con la apropiación del botín de guerra y desplegaron una violencia extrema sobre el cuerpo de sus víctimas.

El factor de la guerra y el conflicto fueron elementos claves en la consolidación de un modelo misional comunal recreado cotidianamente en base a la negociación entre curas, caciques y miembros del común del pueblo a partir de la existencia de cierto grado de bienestar, privilegios y honores concedidos tras los éxitos en el campo de batalla. Aunque otras cuestiones contribuyeron al fortalecimiento de sentidos de pertenencia mayores asociados al conjunto del complejo misionero. Al respecto en la naturalización de las relaciones comunales, contribuyó la política jesuítica que buscó implementar dos principios interconectados. El primero consistió en la difusión de códigos para facilitar la comunicación y el intercambio entre los diversos grupos incorporados al ámbito reduccional así como para fomentar la existencia de marcos de referencia totalizadores, asociados con el propio sistema misionero y con un territorio delimitado. De esta forma, frente a la diversidad socio-cultural y política de la población reducida, los jesuitas apelaron a la circulación de elementos comunes, así como a la construcción de una historia compartida. El objetivo era erigir una estructura uniforme y recrear la pertenencia a una totalidad mayor, homogenizando las diversidades y naturalizando las arbitrariedades<sup>9</sup>. El proceso de “comunalización” no solo fue cobrando forma por el contacto o la participación en situaciones comunes sino por la labor representativa, en las que tuvo importancia la composición de un pasado común mítico o histórico, la absorción de diferencias y contradicciones internas y la autodefinición en

---

<sup>9</sup> Véase el concepto de “comunalización” desarrollado por James Brown en su artículo “Notes of community, hegemony and the uses of the past”. *Anthropological Quarterly* 63: 125-130, 1990.



oposición con otros, fundamentalmente bajo instancias de conflicto y reivindicación política asociadas a la defensa territorial y bélica<sup>10</sup>.

## **2- Los pueblos de misiones en conflicto**

Las reducciones guaraníes, cimentadas como antemural defensivo de la Corona española estuvieron caracterizadas por una doble vertiente, la inestabilidad y la expansión. El temor a una investida del enemigo sobre su territorio y la prolongación del perímetro misionero fueron dos elementos que coexistieron en el proyecto misionero. Lo cual se cristalizó, entre fines del siglo XVII y principios del XVIII, con la fundación de nuevas misiones en el oriente del río Uruguay y la incorporación masiva de recursos ganaderos. El crecimiento de los pueblos en espejo con conflictos bélicos dirimidos fuera de sus aldeas forjó, entre los guaraníes reducidos, sentimientos de seguridad y pertenencia más elevados, ya que la formación de las milicias y los éxitos en el campo de batalla les fue dando una relativa estabilidad en la posesión de la tierra y los recursos que alimentó redes de solidaridad y sentidos de pertenencia compartidos más allá de cada reducción. Asimismo, las amenazas ejercidas por otros grupos contra la integridad territorial o el bienestar comunal despertaron reacciones coordinadas entre los diferentes pueblos. Al respecto, el liderazgo y la dirección ejercidos por los caciques y sus curas eran fundamentales. En particular los misioneros, para dar forma y efectividad a las instancias defensivas, habían determinados dispositivos de control fronterizo y una jerarquía de responsabilidad que recaían en los jefes de parcialidad o en miembros del cabildo de los pueblos. No obstante, las acciones ofensivas o defensivas conllevadas a través de los soldados distribuidos en cuerpos de milicias tomaban forma e impulso de acuerdo al conflicto o peligro determinado. En este sentido, una gama de situaciones se fueron imponiendo en relación al desafío o amenaza impuestos y a la naturaleza del enemigo.

No obstante, las representaciones y significados en torno al peligro estuvieron en íntima relación con un proceso interno y externo de identificación y atribución de características y potencialidades al enemigo situacional en el que influyeron la propia

---

<sup>10</sup> El fortalecimiento de identidades misioneras bajo situaciones de conflicto, guerra, pérdida y desmembramiento fue observado en otras regiones coloniales. Véase María Regina Celestino de Almeida. *Metamorfoses Indígenas. Identidade e cultura nas aldeias coloniais do Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro, Arquivo Nacional, 2003.

historia pre-misionera, la política jesuita, las posturas de ciertos curas, la situación de las misiones, en cuanto al grado de ventaja, vulnerabilidad o distanciamiento vivido situacionalmente y las narrativas elaboradas y recreadas dentro del contexto misional sobre el pasado y las relaciones con los otros oportunamente. Como es sabido el origen de la vida misionera estuvo ligada a la existencia de una amenaza instaurada por la suma de una lógica conflictiva nueva, determinada por el contexto colonial, a la previa inestabilidad signada por las fricciones y enfrentamientos inter-tribales. La percepción de una falta de control ante la complejidad presentada fomentó la consolidación de nucleamientos bajo la autoridad de los jesuitas pese a la tendencia prehispánica a la movilidad política de las parcialidades guaraníes más allá de las familias extensas o de las aldeas y a la imposición “negociada” de nuevas pautas de comportamiento y representatividad. Tras la formación de los primeros pueblos la acción de los bandeirantes se constituyó en una amenaza real que fomentó la necesidad de cohesión pese y gracias a la disposición de nuevos recursos de defensa. No obstante, las *bandeiras* paulistas por su retirada de la región con el tiempo fueron dejando el lugar de peligro inminente para ocupar y alimentar un imaginario colectivo en torno a la resignificación y selección de recuerdos cruentos sobre los padecimientos vividos. Generación tras generación fueron recreando la necesidad de reparar el angustiante y vergonzoso sufrimiento de sus antepasados que fue instalando una sensación de injusticia histórica que fomentó, instauró y hasta justificó una reacción cargada de venganza contra aquello que representara o reactivara ese vínculo con el pasado. En ello influyó además la propia situación política en las fronteras imperiales y la política de los jesuitas contra la presencia portuguesa en el territorio circundante a las misiones.

Las acciones de las *bandeiras* paulistas en la región, abandonadas hacia fines del siglo XVII al tomar un nuevo rumbo, habían dejado abierto un corredor por donde lentamente fue avanzando un colonialismo luso-brasilero de diferentes características. El signo más evidente fue la fundación de Colonia de Sacramento y de un cordón de ciudades en el litoral Atlántico contraviniendo las antiguas y desfasadas consignas del Tratado de Tordesilla. Esto fue instaurando una lenta pero constante colonización territorial y económica luso-brasilera en dirección hacia el Río de la Plata y el complejo misionero que afectó paulatinamente la capitalización de ganado vacuno cimarrón para las reducciones. No obstante, esto no implicó la ausencia de intercambios comerciales entre guaraníes y portugueses, lo cual era más ventajoso para las misiones que la actividad productiva directa desplegada por los lusitanos en la cercanía de su territorio.

Así, cada uno guiado por sus lógicas e intereses diferenciales fue imponiendo sus reglas del juego y sacando ventaja situacional. Los colonos portugueses, por su parte, se vieron oportunamente beneficiados por la política ambivalente de la Corona española sobre Colonia de Sacramento y por la alianza transitoria establecida con parcialidades de guenoas, charrúas y minuanes no reducidas de la región para sacar provecho de los recursos ganaderos potenciando la rivalidad también situacional que podía darse entre estos grupos “infieles” y las misiones. Estas configuraciones podían tener un devenir lineal con fricciones esporádicas de poco alcance y decantar en situaciones de conflicto extremo. Esto tuvo lugar, por ejemplo en los sitios a Colonia de Sacramento que el gobierno porteño llevó a cabo en colaboración directa con los pueblos de misiones.

En el primer cerco realizado a Colonia del Sacramento, en 1680, se pusieron en juego un conjunto de imaginarios, representaciones y valores alimentados en el contexto de las reducciones en espejo con las diferentes facetas de los portugueses desplegadas en su avanzada sobre el Río de la Plata. La participación en el asedio para los guaraníes de las misiones fue una oportunidad para ejercer la venganza en nombre del pasado vivido por sus abuelos tras los ataques bandeirantes y, detener una posible vuelta al terror de aquellos días. La adversidad creada hacia los portugueses, sumada a una tradición cultural de resarcimiento y reparación del honor perdido, se manifestó de manera extrema durante el sitio, a través de la violencia ejercida sobre el enemigo, incluso en el tratamiento dado al cuerpo de sus víctimas<sup>11</sup>. Sin embargo, también hubo espacio para el intercambio, ya que algunos guaraníes aprovecharon a escondidas la oportunidad para trocar bienes e información con los asediados<sup>12</sup>. Esta doble vertiente observada en los comportamientos de los guaraníes de las reducciones se repetiría en futuros enfrentamientos con los portugueses. Pero ello no encerraba una contradicción, sino una forma más acabada de interacción con el otro. A su vez, la participación en el desalojo significó la oportunidad de obtener recompensas, títulos y honores para los caciques y capitanes destacados.

En este sentido la participación en el asedio de Colonia no solo canalizó venganzas sino acciones oportunistas de promoción y acceso a bienes. Sin embargo, fue el imaginario construido históricamente, en el contexto misional, en torno a los

---

<sup>11</sup> Durante la toma de la colonia tuvo lugar una masacre de soldados y oficiales portugueses que tomó el nombre de “la noche trágica”. Véase Eduardo Neumann .“Fronteira e identidade: confrontos luso-guaraní na Banda Oriental 1680-1757”, op. cit.

<sup>12</sup> Incluso se efectuaron averiguaciones con testigos para determinar lo sucedido. Véase al respecto el “Proceso secreto contra los guaraníes sobre sus tentativas de vender carne a los portugueses sitiados”, en *Campaña del Brasil. Antecedentes coloniales*, t. I (1535-1749), Buenos Aires, Kraft, 1931.

portugueses lo que alimentó las acciones desplegadas en el desalojo de Colonia e impulsó una alianza hispano-guaraní contra ellos en defensa del territorio de las misiones y de las jurisdicciones del Plata. Los jesuitas, por su lado, estaban empeñados en desalojar a los portugueses del Río de Plata, porque les preocupaba la supervivencia de sus reducciones y, sobre todo, el resguardo del ganado de las vaquerías de la Banda Oriental del Uruguay<sup>13</sup>. En este sentido sus apreciaciones no fueron menores a la hora de construir un perfil del otro amenazante y desafiante que entre los guaraníes cobró especial dimensión a partir de las vivencias recreadas sobre los padecimientos de sus abuelos tras los ataques, pérdidas y migraciones provocadas por los bandeirantes. En los siguientes asedios, muchas de estas prácticas se repitieron, aunque fue cambiando la dimensión y naturaleza del enemigo. En concordancia, en el segundo sitio realizado a Colonia a principios del siglo XVII, cuatro mil milicianos guaraníes, acompañaron al mismo por ocho meses hasta que los portugueses dejaron la plaza. Durante el lapso en que se extendió el repudio, desplegaron una violencia extrema sobre su oponente, que escapó al tibio control de los oficiales españoles y de los jesuitas. Para los guaraníes se trataba de una venganza directa contra las recientes invasiones que los charrúas aliados con los portugueses habían emprendido sobre la estancia ganadera de Yapeyú, el pueblo más austral del complejo misionero, y una advertencia sobre la expansión que premeditaban aquellos sobre los recursos de las reducciones<sup>14</sup>.

Las acciones bélicas realizadas por los cuerpos de milicias de las reducciones, en concomitancia o no con el gobierno porteño, fueron durante mucho tiempo un medio que permitió expandir y sostener el conjunto de pueblos erigidos a lo largo de vías fluviales de enorme importancia en la región y en virtud de la posesión de espacios de potencial riqueza agrícola-ganadera. La condición de milicias, redundó en la detentación de un poder destacado para los jesuitas, los guaraníes y el conjunto misionero en un contexto en que no existían otras fuerzas de choque de iguales dimensiones y

---

<sup>13</sup> Los jesuitas locales tenían especiales percepciones sobre los portugueses del Brasil. El padre Juan de Escandón consideraba, por ejemplo, *“correcto que en esas partes hubiese una Inquisición, además de la de Lima”* porque *“esta lleno de portugueses en Buenos Aires y Córdoba. Cada uno vive de acuerdo a su ley, dando comodidad de que un día levanten en esas ciudades banderas por Portugal alzándose contra España. Han registrado todas las tierras, mostrando que tienen otro fin que el de las mercancías”*. “Carta de Juan de Escandón de la Compañía de Jesús al padre Pedro de Arroyo, procurador general de la provincia del Paraguay, 25 de marzo de 1754”. Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHNM), CJ, Legajo 120, Expediente 30.

<sup>14</sup> Véase “Relación de lo que hicieron los indios que tenían a cargo los religiosos de la Compañía de Jesús, provincia del Paraguay, en servicio del Rey en la conquista de la Colonia portuguesa, cita en la Tierra firme en frente de la Isla de San Gabriel, años 1704-1705”. Archivo Nacional Histórico, Santiago de Chile (ANHCh), Jesuitas de Argentina, vol. 197, pieza 7.

potencialidades en cuanto a la disposición de recursos materiales para la guerra y de gente preparada para responder a invasiones o sitios de forma intempestiva. La característica diferencial de este grupo poblacional y las prerrogativas obtenidas reforzó sentimientos de seguridad y cohesión internas en oposición con otros grupos reducidos, por ejemplo, como eran los guaraníes de los tavá-pueblos del Paraguay.

Al respecto, los contrastes y fricciones existentes entre los asunceños del Paraguay y las misiones jesuítico-guaraníes, por el control del territorio del río Tebicuarí y sus yerbales, generó otro frente de conflicto que se extendió a lo largo del tiempo y reprodujo desde un lado y del otro la construcción y legitimación de acciones de violencia y guerra en frente a enemigos creados y representados a uno y otro lado<sup>15</sup>. El alineamiento de los asunceños con los guaraníes de la jurisdicción contra los jesuitas y las reducciones asentó nuevas lógicas a las configuraciones y enfrentamientos interétnicas y dio cuenta de la complejidad de la coyuntura política y económica en que las misiones estaban insertas. En el caso de los guaraníes de uno y otro espacio, la tensión no solo representaba la defensa de derechos o intereses directos o el posicionamiento en virtud de presiones, como podía ser en el caso de los encomenderos, sino también la oposición entre formas de vida e historias particulares devenidas por parte de cada grupo. En el caso de los guaraníes de las reducciones incluso podía constarse cierto desprecio ante sus paisanos reducidos en encomiendas asentados en “pueblos de indios” de diferencial características, en contraste con los pueblos misioneros. La disposición y construcción de diferenciaciones con el “afuera” marcaron elementos estructurales en la consolidación de una “realidad” y conexión de carácter comunal entre los pueblos de misiones por varias generaciones. La proliferación de enemigos de esa red comunal, sostenida en íntima vinculación con la posesión y pertenencia territorial, con una historia común recreada y en virtud de contactos sociales y relaciones de parentesco, fue un factor sustancial para su reproducción en el tiempo.

Esto no significaba la ausencia de instancias de disenso, fragmentación y conflicto al interior del espacio misionero. Por el contrario, esto se manifestaba de forma cotidiana ante la tendencia a la autonomía de decisión entre las grandes familias

---

<sup>15</sup> La tensión y competencia creciente por la mano de obra indígena y la exportación de yerba mate finalmente desencadenaron un conflicto armado de gran envergadura, conocido como la Revolución de los Comuneros, que estalló en la década de 1720 y se extendió durante la siguiente. En este conflicto político, que se extendió durante catorce años, varios sectores de la sociedad asunceña se involucraron en violentos enfrentamientos armados con las autoridades coloniales, los jesuitas y los guaraníes reducidos. En 1725, seis mil soldados guaraníes fueron solicitados por el gobernador de Buenos Aires para auxiliar a los realistas contra los comuneros del Paraguay. Este tema fue estudiado recientemente por Mercedes Avellaneda. “La alianza defensiva jesuítico-guaraní”, op. cit.

nucleadas en torno a la figura de un pariente prestigioso e incluso como respuesta a la propia política jesuítica de unificar prácticas socio-culturales como el idioma, los rituales, los signos de prestigio y autoridad, pero sosteniendo y recreando diferencias internas como medio de gobernabilidad. En este sentido, la identidad por pueblo fue un proceso cuidadosamente construido a partir de la existencia de oficios y actividades económicas propias de cada uno o incluso de calidades diferenciales en la arquitectura edilicia y en las Iglesias hasta también por la proliferación de estigmatizaciones o valoraciones determinadas para algunas reducciones. Al interior del espacio misionero existían rivalidades históricas entre pueblos o entre parcialidades o familias que creaban pertenencias móviles y encapsuladas según la situación y la relación con el otro en cuestión e incluso reproducían los vínculos con la entidad reduccional como un todo a través de la mediación desplegada por los curas o líderes políticos de las misiones.

Dos fuerzas pujantes conformadas por la reproducción de conflictos y enemistades a diferentes escalas y niveles alimentaron sentidos de pertenencia de menor a mayor grado de conexión con las entidades grupales. En la relación con el conjunto mayor el rol de la guerra y el conflicto, asociados a la construcción social de enemigos históricos y situacionales, fue de notable importancia. No obstante, este proceso con el tiempo implicó un gran desgaste y hasta fue evaluado como. La participación bélica se encontró con instancias de crisis, sobre todo después de las dos décadas de luchas sangrientas con los asunceños, entre 1720 y 1730, ya que si bien los llamados comuneros fueron derrotados por las fuerzas reales con el auxilio de las fuerzas misioneras, la participación en este proceso tuvo efectos negativos para el bienestar de las misiones. Las muertes, las fugas, las pérdidas de animales y cosechas mostraron el costado oscuro de sus actividades como milicianos. Un enorme desgaste devino después de aquellos días. La recuperación de esos tiempos de intensa violencia bélica, social y étnica exigieron un respiro que nunca alcanzaron, pues poco después de derrocada la rebelión de los comuneros, el gobernador del Río de la Plata solicitó ayuda para desalojar por tercera vez a los portugueses de Colonia, en 1737. Las tropas guaraníes bajaron hasta el puerto de Buenos Aires pero en medio de la confusión y la ambigüedad política regresó a sus reducciones. No había margen ni deseos para el oportunismo derivado de la guerra. En ese momento la mayoría sólo quería replegarse en sus pueblos y poder recuperar cierto grado de bienestar y autonomía de los mandatos gubernamentales en relación con la defensa de las fronteras y el territorio colonial.

No obstante, en los próximos años se jugarían las fichas más complejas de la historia de las misiones en el contexto de un pacto político entre las Coronas de España y Portugal por la distribución de sus posesiones coloniales<sup>16</sup>. En este contexto los pueblos de misiones en defensa de un recorte territorial sustancial se opusieron a la entrega de las tierras a los emisarios reales al mismo tiempo que consolidaron por diversas vías la construcción de un proceso de resistencia y luego de defensa armada<sup>17</sup>. Entre ellos el control de los recursos materiales, políticos y simbólicos, tales como los bienes de los almacenes, la conquista de lealtades cacicales, la designación de sujetos de confianza en los puestos claves del cabildo y el uso de los medios de comunicación, se encontraron entre los elementos que la elite guaraní más activa buscó redireccionar hacia los fines de la resistencia. En particular, el medio escrito contribuyó a la difusión de una postura de resistencia dentro y fuera de los límites misioneros. Cartas y papeles circularon con claros objetivos dentro de los mismos pueblos o hacia las autoridades coloniales. Entre aquellas elaboradas para ser leídas por los emisarios reales y gobernadores, flamantes enemigos de las reducciones, se enfatizó en un conjunto de elementos que presentaban a los pueblos de misiones como comunidad distintiva frente a otros<sup>18</sup>. El conflicto desatado por la posesión de la tierra actuó revitalizando una “conciencia colectiva” en torno a las relaciones grupales, a los derechos en tanto

---

<sup>16</sup> En 1750, las Coronas de España y Portugal firmaron un Tratado de Límites después de un largo período de conflictos y guerras por sus posiciones coloniales. El nuevo Tratado implicaba, entre otras cosas, la cesión a Portugal de un territorio ocupado por siete reducciones jesuítico-guaraníes ubicadas al este del río Uruguay, a cambio de Colonia del Sacramento. Para concretar la permuta de tierras, Fernando VI ordenó, en 1752, el traslado de la población de las siete misiones guaraníes implicadas y la fundación de nuevos asentamientos dentro de los dominios españoles. En un primer momento, aunque el desconcierto reinó en los pueblos, los caciques aceptaron, en su mayoría, iniciar la mudanza hacia el margen occidental del Uruguay, donde se encontraban otras reducciones jesuíticas. Pero en contacto con las dificultades del traslado regresaron a sus reducciones e impidieron, en febrero de 1753, la entrada al territorio misionero de los comisionados y demarcadores enviados por las Coronas ibéricas. Esto dio origen a un proceso de resistencia por parte de los pueblos orientales en alianza con algunas misiones del occidente del Uruguay que fue respondido por las autoridades coloniales con la declaración de guerra. Entre 1754 y 1756 dos campañas bélicas fueron preparadas contra las reducciones. La primera fue repelida por los guaraníes a través de una “guerra de recursos” mientras que la segunda, donde marcharon juntos los ejércitos de España y Portugal, tuvo como consecuencia la derrota de los pueblos en el campo de batalla.

<sup>17</sup> Este proceso fue estudiado en profundidad en Lía Quarleri. *Rebelión y guerra en las fronteras del Plata. Guaraníes, jesuitas e Imperios coloniales*. Buenos Aires, FCE, 2009.

<sup>18</sup> Al respecto, se hizo referencia a la idiosincrasia cristiana, en contraposición con la “infidelidad” de los indómitos “indios gentiles”, por ejemplo, y en su devoción absoluta al Dios cristiano y al rey español, en contraposición a los portugueses, a la legítima posesión de la tierra en función de su cesión dada por Dios y confirmada por la Corona, a la existencia de relaciones de parentesco y afinidad entre la población afectada, a la conexión con un pasado pre-misionero común ligado por la recreación de vínculos generacionales con sus antepasados al destacar los padecimientos de sus abuelos a causa de los ataques luso-brasileros y a la necesidad compartida de revertir los mismos recuperando el valor guerrero y desplegando una venganza reparada colectiva en el contexto del conflicto. “Cartas de los cabildos y caciques de los pueblos al gobernador de Buenos Aires, José de Andonaegui, Julio de 1753”, AHNM, CJ, Legajo 120, expedientes 31-38.

comunidad representada a través del tiempo, a la identidad grupal y su caracterización diferencial en contraste con otros<sup>19</sup>. El discurso presentado en las cartas conformó una expresión compleja de esta re-etnificación asociada al fortalecimiento de una base ideológica de resistencia frente a la desmembración territorial y demográfica vecinada.

La defensa utópica de las misiones finalmente encontró en el terreno bélico un límite a los deseos de contención y control comunal. Los ejércitos unidos de España y Portugal arrasaron con los fuegos de sus cañones todo ideal de integridad misionera. Al mismo tiempo, que la fragmentación y dispersión de las acciones de los capitanes de las tropas y jefes de comunidad contribuyeron a debilitar el frente de resistencia. Sin embargo, esta situación fue una expresión auténtica del accionar de los líderes comunales en el contexto misionero y dio cuenta de la complejidad de motivaciones y medios de interacción propios del complejo reduccional. Así si bien la gran mayoría de la población y de las autoridades guaraníes involucradas en el conflicto estaban en oposición con las ordenes del traslado y apoyaban la resistencia, no solo en virtud de una defensa individual por las pérdidas de cada pueblo sino como respuesta a una situación de solidaridad extendida con la situación, en la práctica la falta de acuerdo o la interpretación disímil de las formas más adecuadas para sostener la defensa y la resistencia se impusieron. Esto respondió no solo al tipo de tendencia autonomista sino a la propia dinámica del conflicto en donde la ambigüedad en la información, el desconocimiento sobre los objetivos de las autoridades reales, la desconfianza reinante entre unos y otros, incluyendo a curas y jefes étnicos, transformó a las misiones en espacio vulnerado por la adversidad y la multiplicación de enemigos cuya naturaleza llegó a ser desconocida hasta incluso después de finalizada la guerra.

### **3- Fragmentación de la experiencia misionera**

En febrero de 1756, el ejército luso-español derrotó a los pueblos confederados en el territorio de la estancia de San Miguel, al oriente del río Uruguay. Hasta entonces los líderes, capitanes y caciques de las reducciones habían mantenida una defensa

---

<sup>19</sup> En términos de Jonathan Hill, en el conflicto se manifestó un proceso de recuperación del poder étnico a través de la reconstrucción colectiva del pasado de acuerdo a reelaboraciones y resignificaciones de mitos, tradiciones e historias particulares y a una forma socialmente colectiva de identificación, conciencia y posicionamiento frente al presente. Jonathan Hill. "Introduction: Myth and History", ed Jonathan Hill. *Rethinking History and Myth. Indigenous South American Perspectives on the Past*. Urbana and Chicago, University of Chicago Press, 1988, pp. 1-17.



desigual sustrayendo unas doscientas personas de armas de cada una de las reducciones involucradas<sup>20</sup>. La pérdida de 1.500 hombres en la batalla de Caibaté implicó un duro golpe para los pueblos, en varios sentidos, no obstante algunos de ellos como San Miguel, San Nicolás y San Lorenzo continuaron resistiendo a través de la fuga, la demora en la rendición a las autoridades coloniales o la dispersión y fundación de pequeñas colonias en los perímetros misioneros. Sin embargo, la ocupación de las misiones por los ejércitos reales, la erección de cuarteles, la política de enmienda a través de la identificación y castigo a los culpables y la promesa de amnistía para los pueblos que dieran su obediencia impulsó un nuevo clima en las misiones marcado por la presión, el miedo, la desconfianza y la adaptación estratégica a las circunstancias. Esto dio por resultado una fragmentación en las relaciones sociales al interior del espacio misionero que no solo se dio a nivel de los curas y los guaraníes sino y sobre todo entre las misma población guaraní. Esta instancia de desmembramiento de las redes de solidaridad y confianza tuvieron su expresión en dos espacios, el de las propias respuestas adoptadas por familias o grupos y el de las representaciones y testimonios dados.

A nivel de las actitudes por un lado, se abrió una brecha entre los caciques o indios del común que no tuvieron una participación directa o por lo menos no consideraron tenerla, en el transcurso de la resistencia, y aquellos líderes que tuvieron un rol destacado y luego del derrocamiento se reacomodaron a las nuevas circunstancias sin exponer su condición, ni su posición<sup>21</sup>. En el período inmediatamente posterior a la derrota en el campo bélico se manifestó un espacio de distanciamiento entre los curas de los pueblos y los soldados apresados tras la batalla. En esta oportunidad los testigos interrogados en 1756 en el campamento español, movidos por la presión, el miedo y el deseo de clemencia y perdón, mencionaron uno a uno los nombres de los misioneros, según ellos, implicados en el conflicto<sup>22</sup>. Las declaraciones que los guaraníes hicieron

---

<sup>20</sup> Los pueblos guaraníes orientales directamente afectados por el Tratado de Límites de 1750 eran San Miguel, San Nicolás, San Luís, San Ángel, San Juan, San Lorenzo y San Borja. En la confederación construida para la defensa territorial participaron otros diez pueblos del occidente del Uruguay.

<sup>21</sup> Este fue el caso señalado para el corregidor Nicolás Ñeenguirú, líder del proceso rebelde, quien según los interrogados, a diferencia de José Tiarayú que murió en el campo de batalla, “derrotado salvó su vida huyendo”. “Declaraciones de los indios tomadas por Nicolás Patrón, comandante del destacamento de Corrientes que acompañó al ejército para remitir a la Corte. Caibaté, 11 de febrero de 1756”, AHNM, Sección Estado, Legajo 4798/2, documento N° 350, foja 7v.

<sup>22</sup> En el interrogatorio se afirmó que Tadeo Henis los “animó para la guerra” y que dio la orden de que “todo lo que por “Nicolás Ñeenguirú se le mandase lo cumplieran y ejecutasen cumpliéndolo ciegamente”. También fueron acusados de incentivar la defensa armada y de prescribir la elaboración de

sobre la relación de sus padres con la causa generaron resentimiento y desconfianza, entre unos y otros, que se extendieron a lo largo del tiempo. Unos meses después, el padre jesuita Tadeo Henis presentó un alegato en el que negó y reinterpretó los puntos más controvertidos presentados en aquellas declaraciones. El nudo de su argumentación se basó en poner en duda el valor de las declaraciones efectuadas por los guaraníes<sup>23</sup>. Por ese entonces, los comandantes y los soldados de España y Portugal se habían instalado en las misiones orientales, los guaraníes estaban siendo trasladados a la banda occidental del Uruguay y la identificación de los promotores de la sublevación estaba en pleno proceso.

Otro nivel de diferenciación más notable se manifestó al interior de la población guaraní y entre los propios pueblos. En los años de la ocupación, se dio un grado de deserción importante, al mismo tiempo que ciertas familias fueron trasladadas a la otra banda para ser reubicadas entre las reducciones existentes en el Paraná o Uruguay occidental. A su vez, unas setecientas familias de San Ángel partieron con los portugueses de Río Pardo y otros tantos, junto a sus curas jesuitas, fundaron dos nuevos pueblos en los límites de la nueva frontera delimitada por el Tratado de Madrid. En contraste, en reducciones como el de San Lorenzo donde se erigieron cuarteles se estableció una particular relación con los guaraníes obediencia y los oficiales de los ejércitos reales instalados allí. En este contexto, se tomaron testimonios a la población que se encontraba en el lugar, parte de la cual realizó fuertes imputaciones contra los misioneros jesuitas y los guaraníes aliados a estos.

Las declaraciones tomadas en San Lorenzo a originarios del mismo y de los pueblos de San Miguel, San Luis y Santa María se centraron en la relación que en ese momento mantenían con sus curas. En términos generales, los testigos aludieron a los controles impuestos por los jesuitas, residentes en ese momento en la otra banda del Uruguay, para evitar el contacto con el exterior y las reacciones violentas de los

---

pólvora y cañones en las reducciones, para encauzar la misma, los curas Carlos Tux de San Nicolás, Lorenzo Balda de San Miguel, Luis Charlet de San Juan, Francisco Limp de San Lorenzo, Inocencio Erber y Bartolomé Pisa de San Ángel y quienes asistían en la estancia de San Miguel, Adolfo Skal y Miguel de Soto. “Declaraciones de los indios tomadas por Nicolás Patrón, comandante del destacamento de Corrientes que acompañó al ejército para remitir a la Corte. Caibaté, 11 de febrero de 1756”, AHNM, Sección Estado, Legajo 4798/2, documento 350, fojas 7-10 y “Cartas que se les recogieron a los indios prisioneros”, AHNM, Sección Estado, Legajo 4798/2, documento 202, fojas 8 y 8v.

<sup>23</sup> Según Henis, “los indios son recocidos por el Concilio de Lima incapaces de juramente, declarados como fáciles de mentir”. Sin embargo, en la práctica las comunidades indígenas tuvieron extensa participación en los tribunales coloniales y obtuvieron fallos a su favor. Véase “Protestas contra las declaraciones de los indios y sus testimonios de Tadeo Henis. Concepción, 20 de septiembre de 1756”, AHNM, CJ, Legajo 120, Expediente 69, foja 1 y 4v.

guaraníes de aquella margen contra todo aquel que declarase o tratase con los oficiales y soldados españoles<sup>24</sup>. Los padres jesuitas, según los testigos interrogados, tenían puestas guardias para detectar los movimientos fuera de las misiones y castigaban a quienes intercambiaban bienes o información con el ejército español<sup>25</sup>. Las acusaciones realizadas remitían a un alto nivel de violencia y a una ruptura en la confianza y solidaridad en el espacio misionero entre jesuitas y guaraníes, como entre estos últimos. Aquellos que entraron en la esfera de obediencia y pleitesía con las autoridades provinciales se diferenciaron de quienes continuaron resistiendo, ya sea desde su refugio en los montes o desde su localización temporaria en los pueblos del Paraná y del occidente del Uruguay. Diferencias entre los pueblos también se manifestaron unos años después, tras la entrada al territorio misionero del nuevo mandatario del Río de la Plata, el gobernador Pedro de Ceballos.

Para dar un cierre al proceso iniciado contra los instigadores de la rebelión, Ceballos ordenó durante su gobierno levantar testimonios a los guaraníes de los pueblos y a españoles del ejército real, en la reducción de Itapúa y en el cuartel de San Borja, respectivamente<sup>26</sup>. El interrogatorio se realizó durante los meses de septiembre y octubre de 1759, y para ello fueron convocados autoridades del cabildo, caciques y guaraníes sin oficios de los siete pueblos y, entre los españoles, capitanes y tenientes de infantería y de dragones, así como un ingeniero, un contador y un tesorero que habían participado de las campañas realizadas por el anterior mandatario, José de Andonaegui. Las declaraciones tomadas estuvieron en función de averiguar quiénes habían sido los autores de la rebelión, si lo fueron alguno o algunos de los padres, en qué forma y por qué medios los indujeron. En esta oportunidad caciques y autoridades de los pueblos hicieron declaraciones e imputaciones cruzadas sobre los promotores de la resistencia, desvinculando a los jesuitas del proceso dado el clima de expiación asentado por

---

<sup>24</sup> Uno de ellos afirmó que “no quería pasar a la otra banda del Uruguay porque temían lo iban de matar los otros indios”. “Extracto de las declaraciones tomadas por el gobernador de Montevideo José Joaquín en el pueblo de San Lorenzo, año 1756”, AHNM, Sección Estado, Legajo 4798/2, documento 202, foja 25v.

<sup>25</sup> A las mujeres que vendían hamacas a cambio de ropa los curas “las castigaban y cortaban el pelo que es la mejor afrenta de ellas”, a aquellos que tenían cargos los “privaron del empleo y los pusieron presos” y a la mayoría les negaron la comunión y confesión, *ibídem.*, fojas 25v y 32v.

<sup>26</sup> “Testimonio del proceso que hizo formar don Pedro de Ceballos, de orden de Su Majestad, al teniente Coronel y Mayor de su ejército don Diego de Salas, agosto y septiembre de 1759”, en Pablo Pastells SJ y Francisco Mateos SJ, *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay según los documentos originales del Archivo General de Indias*, t. VIII, Primera Parte (1751-1769), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Santos Toribio de Mogrovejo, 1969.

Ceballos contra ellos<sup>27</sup>. De esta forma, se buscó mostrar que el origen de la rebelión fue externo y sobre todo que los responsables de la resistencia habían perdido la vida en batalla, se habían fugado con los portugueses, murieron en prisión o desaparecieron junto a su familia. De esta manera se cerraba una etapa y se desvinculaba directamente de la misma en base al ejercicio discursivo y rememorativo de la diferenciación entre unos y otros.

\* \* \*

La coyuntura que dio origen a la fundación de los pueblos de misiones guaraníes y la permanencia de una situación de conflicto con el exterior dio un marco particular al proyecto reduccional. Por mucho tiempo, el pueblo, como núcleo político, afectivo y ritual, y la misión, como expresión de una totalidad mayor que garantizaba mecanismos de defensa, intermediación y bienestar económico se constituyeron en instancias de referencia identitaria y reproductiva. Situaciones concretas, prácticas cotidianas y mecanismos de labor representativa condimentaron los sentimientos de comunidad interrelacionada y referencial. En ello contribuyó el rol de milicias desempeñado por los guaraníes, en defensa del territorio, la situación de frontera y los privilegios obtenidos a cambio de sus éxitos. En todo este proceso no fue menor el lugar dado a los enemigos de las misiones y la atribución de características y potencialidades, más allá de las situaciones de riesgo o amenaza presentadas para la integridad misionera. También la ritualidad y sacralidad dada a la acción bélica ejercida por los cuerpos de milicias misioneras. En otro nivel una política jesuítica centrada en homogeneizar ciertas pautas socio-culturales de la población congregada y potenciar determinadas diferencias entre sistemas de autoridades y núcleos residenciales, por ejemplo, fue configurando relaciones encapsuladas en donde la pertenencia a un pueblo se confirmaba a partir de la referencia a un todo mayor. Esto no implicaba la ausencia de disenso, no obstante este se canalizaba a través de la desertión o de la negociación con los agentes de intermediación reduccional, cristalizando la vinculación con la totalidad misionera.

Con el tiempo, el proyecto misionero cohesionado bajo la acción de los jesuitas y los líderes comunales en virtud de la posesión de la tierra, de cierto bienestar y privilegios, alimentó un escenario proclive para la recreación de identidades y

---

<sup>27</sup> Así para los testigos de San Ángel los responsables fueron los caciques rebeldes; para los de San Juan, el corregidor de San Miguel José Tiarayú; para los de San Miguel los portugueses que sembraron la cizaña; para los de San Luis, los caciques de San Miguel; para los de San Lorenzo, los de San Nicolás y el capitán Nicolás Ñeenguirú; para los de San Nicolás, los “indios infieles” para los de San Borja, el capitán Sepé. “Testimonio del proceso que hizo formar don Pedro de Ceballos”, op. cit.

pertenencias compartidas por los guaraníes reducidos. La red de pueblos hizo posible la gestación de una resistencia colectiva, en un momento liminar de la historia de estas reducciones, contra las tentativas reales de transformar y recortar los derechos adquiridos previamente. Sin embargo, despojados de la protección, seguridad y capacidad de negociación luego de la guerra y con la ocupación de los pueblos por parte de los ejércitos reales, comenzó un lento proceso de fragmentación, dispersión y escisión del universo misionero. Esto se manifestó en las relaciones entre la población misionera, entre caciques y líderes destacados en la guerra y entre guaraníes y jesuitas. A su vez, implicó la adopción de diferentes posturas y respuestas frente a la nueva situación de dominio en las misiones que se cristalizó a través de una disparidad de narrativas sobre el pasado inmediato. La heterogeneidad existente era expresión de una diferenciación potenciada como mecanismos de redefinición de la situación presente, la cual no implicaba la negación sino la reconfiguración de las relaciones comunales tras una desestructuración de la experiencia misionera producto de la derrota bélica vivida.